

PERU: 1815

Crítica situacion del Alto Perú. Movimiento del general Ramirez contra Cuzco. Malograda reaccion de Ruiz Caro en Tinta. Desaliento de los revoltosos cuzqueños. Asesinato de Picoaga i Moscoso. Insolencia i perfidia de los caudillos Pumacagua i Angulo. Batalla de Humachiri. Sumision del Cuzco i de todos aquellos partidos. Reduccion de la partida del caudillo Mendoza. Acciones del coronel don Francisco Gonzalez. Restablecimiento de la tranquilidad. Movimiento de Ramirez para volver al cuartel general. Ventajas conseguidas por las tropas del general Pezuela. Muerte de Ezenarro i derrota de la division de Jáuregui. Nombramiento del brigadier Tacon para el mando de Chuquisaca. Derrota del capitan Corral por el comandante Aguilera. Ventajas obtenidas por este jefe. Derrota de otros jacciosos por los comandantes Rolando, i García. Brillante accion del comandante Vigil contra el mayor general insurgente don Martin Rodriguez. Preparativos del general Rondeau para atacar el campo realista. Cange de dicho Rodriguez por dos coroneles españoles. Empeñado combate en el puesto del Marqués. Retirada del general Pezuela á Challapata. Rendicion de Cochabamba á los insurgentes. Formacion de una columna para reconquistar aquella plaza. Llegada de los refuerzos de Chile i de la division del general Ramirez. Varias acciones con las partidas insurgentes. Junta de guerra. Enfermedad del general en jefe. Accion de Venta i media. Batalla de Viluma. Sus felices consecuencias.

La situacion del Alto Perú era sumamente apurada á principios de 1815: la atencion del general Pezuela tenia que estar ocupada en tantos i tan complicados objetos, hormigueaban de tal modo las partidas enemigas, i era tan imponente el aparato hostil de las tropas de Buenos-Aires, que en el orden natural no parecia posible salir con honor de aquel conflicto.

Aunque el general Ramirez habia adquirido preciosos laureles en los altos de la Paz, i aunque á su aproximacion á Arequipa habia huido el altanero enemigo, le faltaba sin embargo ejecutar la última i mas interesante parte de su atrevida empresa. Para llevarla á cabo hizo los preparativos necesarios en dicha ciudad de Arequipa, en la que dió á sus tropas un descanso de 61 dias, de que tanto necesitaban. Si bien era urgentísimo sofocar la insurreccion del Cuzco i volver rápidamente al cuartel general, fue indispensable dicha detencion para reponer las fatigas del soldado que

no habia tomado aliento desde Santiago de Cotagaita, así como para cubrir su desnudez, y componer su deteriorado armamento.

Era el día 13 de febrero cuando Ramirez levantó el campo, dejando á la cabeza de la provincia al brigadier don Pio Tristán, quien siendo natural de ella, parecia el mas á propósito para conservar la tranquilidad i la obediencia al Soberano español. Pumacagua i Angulo se habian situado en el centro del Collado, desde donde les habria sido fácil apoderarse de Puno, del Desaguadero i de la Paz (cuyos puntos se hallaban mui desguarnecidos), si hubieran tenido el necesario arrojo, ó la debida inteligencia para calcular los graves males que con este funesto golpe podrian haber causado al ejército del Rei, cortándole las comunicaciones i los ausilios. Se hallaban en su vez entretenidos haciendo algunas correrías en el partido de Lampa, i ácia los altos i cabeceras de Cailloma, cuando levantó en el distrito de Tinta la voz á favor del Rei, el teniente coronel Ruiz Caro, formando una contrarevolucion, la que si bien de insignificantes resultados, no dejó de prestar alguna utilidad á las miras del general Ramirez.

Los revoltosos del Cuzco habian principiado á desanimarse al ver la imperturbable serenidad de este general, i al oir las ventajas conseguidas al mismo tiempo por el comandante Gonzalez hácia Huamanga, quien habiendo atraído los insurgentes hasta Matará, los habia engañado con una falsa retirada, i ocasionado la pérdida de 4 piezas de artillería, i de mas de 100 fusiles. Los sugetos de alguna representacion que habian tenido la debilidad de suscribir á las primeras tentativas de los rebeldes, se retrajeron de tan criminal empeño al ver su conducta inmoral i sanguinaria: todos ellos se apresuraron á abandonar tan vergonzosas conexiones retirándose á sus casas i haciendas; i algunos de los que componian la misma junta revolucionaria, se esforzaron en persuadir al gobierno de Lima de la pureza de sus intenciones, dirigidas meramente á evitar mayores tropelías, hasta que llegase el afortunado momento de sacudir tan pesado yugo, i de sellar su fidelidad a la causa del Rei. De este número eran don Luis Astete i el teniente coronel don Juan Tomás Moscoso.

Entre los varios sugetos de poder é influjo que habian emigrado desde el principio de aquellas conmociones, se contaba el mariscal de campo don Francisco de Picoaga, que habia caído prisionero sucesivamente en la ciudad de Arequipa. Todas las miras de los rebeldes estaban vueltas ácia este digno gefe, á quien consideraban como el único capaz de dar vigor á su ilegítima causa: fueron por lo tanto extraordinarios sus esfuerzos para que se pusiera á su cabeza, pero al ver su entereza de carácter, i la indignacion con que desechó toda proposicion que tendiese á separarlo de la senda del honor i de la lealtad, despues de haber agotado todos los recursos de la persuasion, del halago i de las amenazas, determinaron manchar sus sacrílegas manos en una sangre tan pura que debia fecundar el campo de las glorias monárquicas, si bien por un momento daba un efímero desahogo

á la saña i venganza de aquellos verdugos. El horrible suplicio ejecutado en la misma capital del Cuzco contra este benemérito general, i contra el intendente Moscoso, tambien americano, hizo subir al último punto la irritacion de las tropas reales, con particularidad la del regimiento N° 1º, que habiendo militado anteriormente bajo las órdenes del citado Picoaga, le profesaba aquel cariño i singular aprecio á que lo habian hecho acreedor sus esclarecidas virtudes.

Fortificada por este medio la causa que defendia el general Ramirez, i mas alentado con las nuevas garantías que tal acontecimiento daba sobre la fidelidad de sus tropas, tan ansiosas por hacer los mas costosos sacrificios ante las aras de la monarquía española, como por vengar la ilustre sangre de su antiguo coronel, emprendió con el mayor teson la campaña. Al llegar al partido de Lampa, en el cual i entre los pueblos de Ayaviri i Pucará, habian reconcentrado sus fuerzas Pumacagua i Angulo, recibió de estos caudillos una insolente intimacion de rendir las armas, i al mismo tiempo llegaron á manos de varios gefes i oficiales de su columna fementidas cartas de seducccion, suponiendo en ellas inteligencia i acuerdo, con cuya impostura esperaban que á lo menos sembrarian en el cuerpo realista las semillas de la desconfianza i discordia; pero este perverso designio sirvió en su vez para rectificar los sentimientos de honor i virtud de las valientes tropas que sostenian el partido del Rei, i para aumentar el furor de su digno gefe.

Cuando Ramirez avistó al enemigo, ocupaba este una posicion ventajosa á la orilla del entonces invadible río Pucará: tan inesperado contratiempo puso al ejército del Rei en la precision de dirigirse por su derecha, aguas arriba, tomando el camino de Humachiri. Igual direccion siguieron Angulo i Pumacagua por la orilla opuesta, hasta que hallando una posicion ventajosa en la que su frente podia estar defendido por el río Cupi, i su espalda por una serranía escabrosa, colocaron en ella 40 piezas de artillería, i su inmensa muchedumbre de gente armada que no bajaba de 20000 hombres, aunque solo se contaban 800 con fusil, i algunos montados con pistolas i sable.

Era el dia 11 de marzo cuando Ramirez llegó á situarse delante del campo enemigo con la idea de atacarlo al amanecer del dia siguiente; pero los rebeldes que trataban de sacar algun partido del cansancio de las tropas realistas, se pusieron en movimiento contra ellas obligándolas á entrar en accion, i á cruzar el rio, cuyas aguas aun por aquella parte llegaban hasta los pechos del soldado. Superada esta primera dificultad sin mas tropiezo que el de no haber podido trasladar así mismo la artillería, formó Ramirez su brillante columna á la orilla opuesta, i cargó á los enemigos con tanta decision i arrojo, que en menos de media hora los puso en la mas desordenada fuga dejando el campo cubierto de armas i cadáveres. Terminado gloriosamente este primer ataque fue preciso dirigirse á la cumbre de la

montaña inmediata en la que se habia reunido una parte de los rebeldes mas obstinados que querian probar de nuevo la suerte de las armas; mas fueron estos completamente derrotados aumentando los preciosos trofeos del general realista, quien se apoderó de 37 piezas de artillería, de todas las municiones, pertrechos, tiendas, equipajes, i de cuantos efectos contenia el campo rebelde.

La noticia de esta importante victoria fue un rayo que abrasó todos los proyectos revolucionarios. El pueblo de Sicuani, cabeza del partido de Tinta, en el que Pumacagua habia marcado anteriormente su ferocidad i barbarie en venganza de la reaccion que habia intentado Ruiz Caro á favor del Rei, fue el primero que se sublevó contra aquellas hordas foragidas que huian con el mayor asombro de la afortunada espada de Ramirez. Aquel sacrilego caudillo, borron i afrenta del género humano, fue aprehendido por los fieles Sicuaneses, á cuyas instancias sufrió el último suplicio en la misma plaza, siendo conducida su cabeza en una pica á la capital del Cuzco. Los demas pueblos siguieron tan noble ejemplo, i se redujeron por sí mismos á la obediencia de la autoridad legítima. De este modo hizo el general Ramirez su entrada triunfal en el Cuzco en 15 del mismo mes de marzo entre las aclamaciones de todos los pueblos desengañados ya de sus errores, i arrepentidos de sus estravíos. La capital dió en esta ocasion una prueba luminosa de sus buenos sentimientos, formando una contra revolucion apenas supo la derrota de Humachiri; i batiendo i haciendo prisioneros á los hermanos Angulos, i á otros cabecillas que habian tratado de hacer alguna resistencia, quienes fueron inmediatamente pasados por las armas.

Luego que el general Ramirez hubo reorganizado la ciudad del Cuzco, imponiendo algunos ejemplares castigos, sobre los principales autores de aquella sublevacion, i concediendo un indulto general á cuantos se presentasen de buena fé á implorarlo, envió una division á las órdenes del coronel don Francisco Gonzalez en persecucion de las facciosos, que vueltos de su primer estupor habian principiado á formar peligrosas reuniones. El caudillo Mendoza conservaba todavía una partida considerable ácia Andahuailas i Abancai; pero la noticia de la batalla de Humachiri i de la reduccion del Cuzco aterró de tal modo á sus soldados, que procedieron á asesinar á su caudillo con la idea de lavar su mancha con la sangre del causante de aquellos desórdenes, i de merecer una favorable acogida de parte del comandante Gonzalez, á cuyas filas pasaron á incorporarse con la mayor parte de sus armas.

Dejando Gonzalez cubierta la ciudad de Huamanga con 300 hombres, al mando del coronel Basagoitia, se dirigió á la provincia de Puno, que acababa de dejar abandonada su demasiado tímido intendente don Manuel Quimper. Reforzado aquel digno gefe con algunas tropas que le suministró don Pio Tristan desde Arequipa, llegó á reunir cerca de 1000 hombres, con los cuales derrotó á los insurgentes en tres acciones obstinadas

que sostuvo con ellos en el mes de abril sobre las alturas de Octo en Azangaro, Azangarillo i Asillo. Sostuvo del mismo modo otras todavía mas importantes en los meses de mayo i junio, en las que les causó una horrorosa mortandad, é hizo prisioneros á los principales caudillos Carrion i Monroy, á los que pasó inmediatamente por las armas; i estrechó de tal modo á Carreri, tan perverso como los mencionados, que se privó de la vida por no caer en manos de los realistas. A consecuencia de estos felices sucesos se tranquilizaron los partidos de Carabaya, Huancallo, Sorata, Omasuyos i las misiones de Apolobamba, en cuyas escabrosas montañas se habria podido perpetuar la guerra si los pueblos aburridos ya de sufrir las tropelías i estorsiones de los rebeldes no hubieran contribuido á su destruccion.

Quedaba tan solo con alguna pujanza la partida del cura Muñecas que se habia refugiado á los Yungas, desde donde hacia los posibles esfuerzos a fin de resucitar su moribunda causa, cuando se puso en marcha don Juan Ramirez para reunirse al general Pezuela, dejando el mando de las armas de la ciudad del Cuzco al teniente coronel de Talavera don Vicente Gonzalez con 500 hombres, entre ellos 100 soldados de su cuerpo, i el gobierno superior i presidencia de la Real audiencia á don Ramon Gonzalez de Bernedo, coronel del primer regimiento. Despues de haber dado una idea de los principales sucesos ocurridos por esta parte, pasaremos á recorrer las operaciones del cuartel general.

Habia concluido el año 14 con varios triunfos parciales conseguidos por los comandantes de las columnas realistas ambulantes contra varios caudillos insurgentes; mas no por eso habia mejorado de modo alguno la posicion del general Pezuela. Este sin embargo estaba mui distante de arredrarse por ningun tropiezo ni contraste: así pues dispuso en el mes de enero reforzar al comandante Jáuregui con 160 hombres al mando del coronel Ezenarro para que limpiase el pais de las gavillas que lo infestaban.

Jáuregui dió principio á sus brillantes operaciones á mediados de febrero en que recibió dichos ausilios, con los cuales batió completamente á los cabecillas Caballero, Camargo, Olivera, Vaca i otros varios en los cerros de Ancuncunina, de Santa Elena, Pasitito i Quisiquira, causándoles la pérdida de mas de 600 muertos i de otros tantos heridos. Este terrible golpe, lejos de desconcertar á los rebeldes aumentó su irritacion i empeño en volver á la pelea al dia siguiente de la última accion se habia reunido una inmensa muchedumbre de los pueblos de la Loma, Cueva, San Lucas, Inguaguasi, Culpina i Quisiquira, cuyas hordas rabiosas cayeron improvisamente sobre la cola de dicha division que caminaba con el mayor descuido i sin la menor aprehension de que tan pronto hubiera podido tomar una actitud tan imponente el derrotado enemigo.

Ezenarro, que recibió aquel brusco ataque con la mayor impavidez, quedó muerto de una pedrada; los 40 soldados que tenia á sus inmediatas órdenes se entregaron á una fuga precipitada; el capitán Elizalde fue víc-

tima del furor de los indios i del abandono de sus soldados; el resto de la division que vió desordenada aquella parte de la columna participó de igual confusion arrojando algunos de ellos sus fusiles i cartucheras, sin que el bizarro Jáuregui pudiera contenerlos en su precipitada dispersion. Llegó á tal grado el terror pánico de aquellos soldados (que pocos dias antes habian dado brillantes pruebas del mas decidido valor) que al llegar al rio de la Palca grande se arrojaron á él sin mas consideracion que la de huir de un enemigo imaginario, que estaba contemplando á sangre fria, i sin hacer el mas leve movimiento las víctimas sacrificadas á la furia de la rápida corriente por un insensato estupor. Por este medio inesperado se perdieron en un momento todo el botin i despojo de las acciones anteriores, un cañon, la mayor parte de las armas realistas, i todo el fruto de las fatigas de los dignos gefes que mandaban aquella division.

A pesar de la falta que podia hacer al señor Pezuela el mayor general brigadier don Miguel Tacon, se habia visto precisado á enviarle á Chuquisaca para tomar el mando de las armas i la presidencia de la real Audiencia de aquella provincia, con la mira de que á sus prudentes i políticas providencias cediesen las desavenencias suscitadas entre el gobernador, cabildo i corporaciones, que aumentaban considerablemente los cuidados de aquel gefe. Las fuerzas realistas de la referida provincia consistian en 500 hombres á las órdenes de dicho Tacon, en 110 al mando del capitán don Francisco Corral, situado en el pueblo de Presto, distante 18 leguas de La Plata, i en 35 fusileros con algunos paisanos mandados por el teniente coronel don Francisco Maruri.

Corral fue atacado en 19 de enero, i si bien al principio se inclinó á su lado la victoria, varió mui pronto aquella escena quedando muerto dicho gefe i destruida toda su fuerza, sin que hubiera podido salvarse mas que un solo individuo que llegó á Chuquisaca con todas las señales del terror i alarma. Pide azorado el brigadier Tacon urgentes socorros al gobernador de Potosí; no pudiendo éste suministrarlos, traslada aquella perentoria demanda al cuartel general; teme Pezuela los efectos de aquellos primeros triunfos de los rebeldes i envia al comandante Aguilera con 300 hombres para que busque al caudillo Padilla, que habia sido la causa de tan terrible angustia: ya este habia sufrido un vergonzoso golpe por el comandante Maruri, quien con un puñado de valientes habia desafiado todo el poder de dicho cabecilla i de su segundo, Carrasco, á los tres dias de su ponderada victoria, persiguiéndole por mas de dos leguas, i matándole bastante gente.

Asi pues no fue difícil al citado Aguilera destrozar dichas gavillas, ni el mérito de su victoria fue tan brillante como la actividad empleada por este digno oficial en cumplimiento de su comision. En menos de un mes anduvo 200 leguas, sostuvo cuatro acciones gloriosas contra fuerzas mui superiores, mató mas de 700 facciosos, ahuyentó á Padilla i á los demas caudillos, restableció la calma del pais i dió nuevas garantías á la se-

guridad de la guarnicion de La Plata. El infatigable celo de este comandante, el acierto en sus maniobras, la rapidez de sus marchas, i la bizarría desplegada en cuantos lances tuvo ocasion de usarla, le hacen digno de ocupar un lugar distinguido en el catálogo de los guerreros que mas han contribuido á dar lustre á las armas del Rei.

Al dia siguiente de haber regresado al cuartel general el esforzado Aguilera hubo de salir á cubrir el flanco izquierdo, situándose en la Palca grande, abandonada pocos dias antes por las tropas de Jáuregui i del coronel Ezenarro. Aqui tuvo bien pronto nueva ocasion de distinguirse, siendo atacado en 27 de marzo por el caudillo Camargo que mandaba mas de 20 hombres: siete horas duró el empeñado combate que sostuvo el gefe realista; pero fue finalmente rechazado el enemigo con pérdida de 150 hombres, muchos heridos, 14 prisioneros, un número considerable de mulas, caballos, fusiles i provisiones de guerra i boca. No fue menos feliz en el segundo ataque que recibió á los dos dias en la misma posicion de Palcagrande por el citado caudillo en union con Caballero i Villarubia que le habian llevado 1500 hombres de refuerzo: fue mayor todavia el escarmiento de los orgullosos rebeldes, quienes dejando en el campo de batalla mas de 200 cadáveres i varios prisioneros, entre ellos al cabecilla Caballero, que fueron todos pasados por las armas, huyeron en el mayor desorden á ocultar su vergüenza entre las breñas i desiertos de aquellas serranías.

Se distinguia al mismo tiempo el comandante Rolando por la parte de Puna, pueblo distante 12 leguas de Potosí. Aunque los caudillos Navarro, Venancio, Leon i Romero habian reunido mas de 600 hombres, los atacó en 18 de enero con solos 90 fusileros i algunos caballos: despues de una reñida accion que duró cinco horas i media dejaron los facciosos mas de 100 muertos, un número mayor de heridos, i huyeron los demas con el mayor asombro. No bien habian pasado tres dias cuando nuevos campeones se presentaron contra el impávido Rolando, considerándole mui débil á pesar de su victoria. Berdejas i Betanzos condujeron 1300 hombres de fusil, lanza i honda á tiempo que Rolando habia recibido del general Pezuela un pequeño refuerzo de 30 granaderos i 8 dragones. Los indios que se creian seguros del triunfo, pelearon con el mayor denuedo i obstinacion; mas todo cedió á la serenidad i bizarría de las tropas del Rei.

Despues de cinco horas de horroroso fuego se dejaron los insurgentes 200 muertos sobre el campo de batalla, un número inmensamente mayor de heridos, habiendo sido pocos los que pudieron sustraerse con la fuga á la persecucion de los realistas, quienes para completar el lustre de aquella jornada hicieron prisionero al bárbaro cacique Betanzos, que era el terror del pais i aun de los mismos indios que seguian por un maquinal é inevitable impulso la direccion que queria darles aquel hombre feroz.

No habian dejado de dar alguna inquietud al general español las incursiones que hacian los caudillos Urdininea, Falagiani i Vidaurre por

la parte del Despoblado, i derecha del ejército; pero quedaron disipados sus temores por este lado luego que el comandante García pudo llegar á las manos con ellos, á los que batió completamente en los puntos del Moginete, Exmoraca i Cochino obligándoles á replegarse sobre su cuartel general, que se hallaba situado en Humahuaca, despues de haberles quitado la mayor parte de sus mulas i caballos, i una porcion considerable de ganado.

A fines de febrero estaba el comandante Vigil guarneciendo con 100 hombres el puesto llamado del Marques; i habiendo tenido noticia de hallarse una partida rebelde en la casa de Tejar, se aproximó sin ser visto poco despues de haber entrado en ella el mayor general del ejército enemigo don Martin Rodriguez con 6 ayudantes i 50 hombres con el encargo de hacer una esploracion sobre el campo realista: reforzado Vigil con 80 soldados que le envió el gefe de la vanguardia don Pedro Antonio Olañeta, atacó dicha casa defendida por fuertes parapetos; pero nada era capaz de arredrar á unas tropas tan valientes, que peleaban por la mejor de las causas. La resistencia fue tenaz i vigorosa, hasta que viendo los insurgentes su inevitable ruina i la inutilidad de sus esfuerzos rindieron sus armas coronando las sienes de los realistas con un ilustre triunfo, no tanto por el número como por la calidad de los prisioneros, entre los que se contó el mismo Rodriguez, que era el alma de las operaciones de Rondeau.

Este sin embargo habia recibido refuerzos de Buenos-Aires con los que llegó á formar un ejército de 4000 hombres de tropa reglada ademas de una inmensa porcion de gauchos de la provincia de Salta, armados con machete i sable corto, todos montados i mui diestros en el manejo del caballo. Con aquella fuerza i con 16 piezas de artillería se disponia á avanzar sobre el ejército del Rei; i para asegurar mejor el éxito de su empresa habia anticipado circulares á los caudillos del interior para que hiciesen los últimos esfuerzos á fin de llamar la atencion del general Pezuela por diversos puntos. Alentados aquellos rebeldes con tan vivas escitaciones activaron sus operaciones; Olivera, Daniel Rubiria i Rojas contra el coronel Lavin, encargado de la defensa de Tarija; Padilla contra la ciudad de la Plata; Zárate contra Potosí, i los demas por otras direcciones; pero las acertadas providencias de los gefes realistas, i una serie no interrumpida de felices sucesos contra dichos caudillos i contra Camargo, Navarro, Lira, Cárdenas, Carrion i otros, mejoraron la posicion del general español á pesar de la gran diferencia numérica que habia entre su ejército, compuesto de 4500 hombres que tenia esparcidos sobre 120 leguas de terreno, i el de los insurgentes, que ascendia á 20.000, incluyendo todas las partidas sueltas de cholos é indios.

Aunque el citado Pezuela no tenia sino 2.000 hombres á sus inmediatas órdenes sobre el cuartel general de Santiago de Cotagaita, se empeñó en sostener aquella ventajosa situacion aguardando el regreso de la division de Ramirez i los refuerzos de Chile que le habian sido prometidos. Ha-

biendo determinado remitir á Lima varios prisioneros que no dejaban de embarazar sus operaciones, empleó el mayor Rodriguez todos los resortes de la malicia é intriga para no ser alejado de aquel pais en el que esperaba ejercer todavia su maléfico influjo. Con su hipocresía i con una afectada resignacion, capaz de deslumbrar al hombre mas prevenido i desconfiado, espuso al general en jefe los deseos de retirarse á su casa si se le queria cangear por dos oficiales de igual graduacion, prometiendo desengañar á Rondeau de lo infructuoso de sus esfuerzos en continuar una guerra, cuya terminacion llevaba todos los caractéres de serle adversa desde que el legítimo Soberano habia sido restablecido al trono de sus mayores con aclamacion general. Fue aceptada dicha proposicion de Rodriguez i admitido su cange por los coroneles Suarez i Sotomayor.

Sus primeros pasos cerca de Rondeau estuvieron en armonía con sus anteriores promesas: el caudillo insurgente entró al parecer con gusto en los planes concertados, i como una prueba de sus buenas disposiciones ácia una transacion amistosa puso en libertad las familias de Olañeta i Marquiegui, i envió á las avanzadas del ejército realista á su sargento mayor Zamudio, por cuya mediacion se trató de una suspension de hostilidades que no llegó á verificarse, asi como tampoco tuvo efecto la entrega de los dos coroneles cangeados, porque no entraba en las miras de los rebeldes perder aquella ocasion que les parecia tan favorable á su causa.

A pesar de los deseos que afectaban de un pacífico convenio, vivia el general Pezuela con las mayores precauciones para resistir prontamente á cualquiera asechanza que pudiera armarle su fementido enemigo; i para frustrar de un golpe la agresion de que con tanta razon recelaba, movió su ejército contra él dando las órdenes mas urgentes para que apoyasen aquel movimiento. Portocarrero que se hallaba en las cercanías de Potosí, i Jáuregui desde el partido de Cotagaita; pero habiendo sabido Rondeau los apuros del general Pezuela por la falta de Portocarrero, que habia debido volver á la villa de Potosí, reducida á su mayor conflicto á causa de la amenazadora intimacion del caudillo Zárate que la tenia circunvalada con una gran muchedumbre de facciosos, asi como por el malogro de Jáuregui en su proyecto de sublevar en masa el partido de Cotagaita, i por otros contrastes que experimentaron á este tiempo sus tropas del interior, se aprovechó dicho Rondeau de tan propicia coyuntura para anticiparse al ataque.

Sus primeros encuentros fueron en el puesto avanzado del Marques contra don Antonio Vigil, que mandaba 200 hombres de caballería, cuya fuerza fue arrollada en 11 de abril por mas de 700 de igual arma i por un batallon de infantería, no sin la mas heroica defensa de parte de aquel digno gefe, que perdió 7 oficiales i 140 hombres en su larga retirada de cuatro leguas que hubo de hacer por escalones.

En vista de este alevoso golpe, i no pudiendo Pezuela contar por entonces con auxilio alguno de las provincias de su espalda, en las que

estaba demasiado empeñada la atencion de las columnas móviles para resistir con alguna apariencia de buen resultado á los ataques infructuosos del enemigo, inmensamente superior en número i en aprestos guerreros, determinó abandonar su posicion de Santiago i retirarse al interior para esperar allí el regreso de la mencionada columna de Ramirez i las tropas auxiliares de Chile. Este plan, que era el único que podia adoptarse en aquellas críticas circunstancias, estaba aun espuesto á mil inconvenientes en su ejecucion. Rondeau en movimiento con todo su ejército se hallaba poco mas de una jornada de distancia de la vanguardia situada en Yavi al mando de Olañeta: la guarnicion de Tarija i las columnas que protegian las partidas de Santa Victoria i Cinti, demasiado internadas para que pudiesen hacer comodamente su repliegue; las guarniciones de Potosí i la Plata se hallaban asimismo aisladas, i cortada su comunicacion por las partidas de facciosos que infestaban aquel territorio, por cuyo motivo era mui dificil que llegasen oportunamente las instrucciones necesarias para concurrir con la uniformidad de sus movimientos á la ejecucion del plan general.

A pesar de tantos obstáculos pudo el ejército emprender su retirada el 22 de abril siguiéndole la vanguardia con un dia de diferencia, habiendo despachado desde el 19 anterior los enfermos i heridos con una buena escolta i las órdenes mas perentorias para que los gefes de Potosí i la Plata evacuasen aquellos puntos, protegiendo las personas i propiedades de los realistas que quisieran seguirles, i prometiendo su apoyo á los que no pudiesen abandonar sus hogares, siempre que su conducta fuese prudente i comedida. El 8 de mayo llegó el ejército á Condo sin el menor quebranto con todas las familias emigradas de Jujuí, Tarija i Chichas; i el 9 se trasladó á Challapata en donde se hallaba ya el presidente de Charcas, brigadier Tacon, i el gobernador de Potosí, coronel conde de Casa Real.

Aunque la retirada de este último habia sido protegida por 400 hombres que le envió Pezuela al mando de Portocarrero, i por 200 granaderos destacados desde Quirve con el sargento mayor don Francisco Aguilera, habia sido atacado en la misma villa un dia antes de su salida por los caudillos Zárate, Navarro i Mena: confiaban estos para el logro de su atrevida empresa en el desconcierto i confusion que habia de reinar entre los realistas, i en el apoyo de todos los indios i cholos de aquellas comarcas, quienes era de esperar se lanzasen con ardor á apoderarse de los caudales que iban á estraerse de aquel punto; pero derrotados completamente por las tropas del citado Portocarrero, i por los granaderos de Aguilera que cubrian la retaguardia, llegó felizmente el dia 3 de mayo al indicado punto de Challapata aquel rico convoi, compuesto de 107 cargas de pertrecho de guerra, 90.000 pesos de plata acuñada, 48 barras de á 200 marcos cada una, dos zurrone de chafalonía, varias piñas, 7 cargas de piezas principales de las máquinas de la casa de moneda con todos sus operarios mas útiles,

i 1.000 emigrados de las personas mas distinguidas de aquella poblacion. Todo pues se salvó de las manos de los rebeldes escepto la division de Rolando, que perdió por desercion 379 soldados, naturales del pais que acababan de evacuar.

El brigadier Tacon tampoco fue feliz en su retirada por haberse estraviado las órdenes que el general Pezuela le dirigió para verificarla del modo que mas convenia á sus planes. Tomó el camino de Potosí manifestando que su objeto era atacar al caudillo Zárate en el punto del Terrao, i siguiendo luego despues la quebrada de Coro en la direccion de Tinquipaya i Culta, llegó á reunirse con el ejército despues de haber deshecho un grupo de insurgentes que tuvieron el atrevimiento de salir á interceptarle el paso, pero con la pérdida de 352 hombres que se le desertaron: no fue esta tan sensible al general Pezuela como el haber dejado en descubierto la provincia de Cochabamba que era el objeto principal de sus ansias, i en lo que insistia vivamente en los estraviados avisos dirigidos al citado gefe.

La posicion de Challapata era ventajosa para el ejército: en ella podia tener espeditas sus comunicaciones con la costa i carrera general de Lima, i proporcionarse asimismo abundantes víveres i forrajes mientras que mantuviese en su obediencia la espresada provincia de Cochabamba que le quedaba á la izquierda. Habia mucho tiempo que carecia de noticias de su situacion por haberlas interceptado los caudillos Lira, Fajardo i Arenales que vagaban por sus alrededores. Este último que tendria á sus órdenes unos 400 fusileros, 300 lanceros montados i cuatro piezas, intimó la rendicion al gobernador intendente coronel don Antonio Goiburu, luego que tuvo conocimiento del repliegue del ejército realista i de la evacuacion de las provincias de Potosí i La Plata.

Aunque el coronel Velasco habia entrado en Cochabamba á reforzar su guarnicion con 300 hombres i 4 piezas de artillería, con cuyo auxilio parecia que Goiburu podria sostener su autoridad, era tal el empeño del general Pezuela por que se conservase aquella plaza como el punto de mas importancia en tanto que estuviese situado su cuartel general en Challapata, que envió un nuevo refuerzo de 280 infantes i 40 caballos al mando de Aguilera. La perentoriedad de las órdenes comunicadas por el general á este bizarro gefe para que á marchas forzadas se dirigiera sobre aquella ciudad hizo honor á su prevision. El coronel Velasco ofrecia todas las seguridades de poseer el mas acendrado pundonor militar i delicadeza; pero se veia mui agoviado por su avanzada edad para que sus operaciones no se resintiesen de aquella falta de vigor i energía tan necesaria en semejantes lances, si bien la que habia desplegado en sus anteriores operaciones hacia esperar que quedasen desmentidos aquellos temores.

El gobernador Goiburu no habia tenido ocasion de desplegar toda-

via aquellos grandes recursos del ingenio i del ardimiento que se requerrían para salir con honor de arriesgadas empresas. Aguilera por el contrario estaba ya amaestrado en superar toda clase de dificultades i tropiezos, i merecia por lo tanto toda la confianza de Pezuela; pero desafortunadamente llegó tarde el remedio; ni mejoró la situacion de los negocios por aquella parte el victorioso encuentro que tuvo dicho comandante en 4 de mayo con el caudillo Lira en el punto llamado de la Ramada. El placer que recibió con este afortunado combate fue acibarado por la declaracion de los mismos prisioneros que aseguraron de un modo indudable el abandono de Cochabamba por las tropas del Rei. Acelerando con este motivo su marcha para ver si podia hallar el medio de reparar aquella pérdida, llegó á las dos de la tarde del mismo día á las cercanías de dicha ciudad, en la que halló la division de Velasco que solo habia tenido resolucion para no rendir las armas á los insurgentes, mas no para obligar al coronel Goiburu á hacer una desesperada defensa cual convenia en tales circunstancias.

Fue la primera intencion del valiente Aguilera volver á reconquistar dicha ciudad de Cochabamba con todas aquellas fuerzas reunidas; pero desistió de ella al observar el desarreglo i desorden de los soldados de Velasco i los muchos emigrados i cargas de efectos que debian necesariamente embarazarle su operacion. Forzado por estas consideraciones, retrocedió al punto de Paria, distante cuatro leguas de Oruro, desde donde dió parte de aquellas ocurrencias al general en jefe, asi como de otros dos encuentros que tuvo con el mismo Lira igualmente felices que el anterior.

Fue entonces cuando el general Pezuela dispuso la reorganizacion de aquella tropa en un batallon con el título de Fernando VII, i en dos escuadrones de caballería para que reunidos con el de dragones de San Carlos i 4 piezas á las órdenes del coronel don Melchor José Lavin pasasen á recuperar á Cochabamba, ya que el ejército de Rondeau no habia hecho todavia movimiento alguno de sus posiciones de Tarapaya, Yocalla i Potosí. Era su objeto entretener al enemigo hasta que desembarcase la primera expedicion de Chile con 400 hombres que lo verificó el 10 de mayo en Arica á las órdenes del coronel de Talavera don Rafael Maroto, i la segunda á principios de junio con otros 478 mandados por el coronel don José Ballesteros con igual destino i procedencia. Esperaba asimismo la llegada del general Ramirez que habia terminado gloriosamente la campaña del Cuzco; mas como tardasen dichos refuerzos, i tomasen por cada dia mayor fuerza las noticias de un próximo ataque de parte de Rondeau, dirigió las órdenes convenientes para que la expedicion destinada contra Cochabamba regresase á Paria á fin de reunirse con él en Sorasora i presentar mayores fuerzas al orgulloso caudillo argentino.

Eran al mismo tiempo frecuentes los encuentros con las gavillas insurgentes en toda aquella vasta estension de pais. Lanza habia sido batido

en las inmediaciones de Oruro i Venta i media por el comandante de escuadron don Francisco Javier de Olarría: el mismo Lanza, reunido de nuevo con Arenales i con otros cabecillas, volvió á amenazar mui pronto la citada plaza de Oruro. Centeno, Barroso i otros hacian sus correrías entre Chayanta i el cuartel general; i en los puntos de Quillacas, Toledo i sus cercanías se hallaban asimismo varias partidas para llamar la atencion del ejército realista, é interceptar toda clase de ausilios.

Sin embargo de los justos temores concebidos de que el ejército grande de Rondeau abandonase sus posiciones de Yocalla i Potosí, para echarse sobre el de Pezuela ántes que se hubieran reunido las tropas de Chile i de Ramirez, pudieron éstas llegar oportunamente para contribuir con sus heroicos esfuerzos á dar dias de gloria á la monarquía española. Por todo el mes de julio tenia ya Pezuela dentro de su línea dichas divisiones, si bien mui deterioradas por sus bajas, i mas particularmente por la circunstancia de traer Ramirez sobre 700 reclutas que habia debido tomar en reemplazo de otros tantos que se le habian desertado despues de sus victorias, al ver que no se les dejaba de guarnicion, como esperaban en aquellos mismos puntos que habian ido á sojuzgar.

Conociendo el general en jefe la necesidad de venir prontamente á las manos con el enemigo para evitar el acrecentamiento de su poder dentro del pais, i anticiparse á la llegada de nuevos refuerzos de Buenos Aires, que indudablemente le serian enviados luego que tuviesen conocimiento de la variacion de destino de la expedicion del general don Pablo Morillo, tomó las disposiciones mas acertadas para el ataque. Despues de haber dado las órdenes mas premurosas al coronel don Francisco de Mendizabal, i al comandante de la division de Paria don Melchor José Lavin para que obrando en perfecta combinacion i armonía defendiesen á todo trance la Villa de Oruro en la que se hallaba un gran repuesto de pertrechos i municiones, trató de emprender la marcha para Yocalla con 3721 infantes, 809 caballos, 23 cañones de á cuatro, i cuanto podia necesitarse para su servicio. Esta era la fuerza total del ejército realista ademas de los 624 hombres que quedaban en Paria con 4 cañones.

Ya estaba dada la orden para levantar el campo á fines de agosto cuando las noticias recibidas á este tiempo de los enemigos i del gobierno de Lima hicieron suspender dicha resolucion: las primeras anunciaban que el caudillo argentino con un ejército de 5.000 hombres i 14 piezas pensaba salir á principios de setiembre con direccion á Chayanta, en donde le debian esperar Arenales con 2.000 cochabambinos i las partidas reunidas de los caudillos Lanza, Camargo, Lira i Centeno; con cuyas fuerzas reunidas trataba de caer sobre el ejército del Rei al mismo tiempo que el caudillo Zárate con otros 2.000 hombres de chusma de toda especie amenazara á Sicasicá i procurara poner en desorden toda su retaguardia, i principalmente la provincia de la Paz. El virei ordenaba al mismo tiempo que para atacar

al enemigo se reuniesen todas las fuerzas, inclusive la division de Paria; i ofrecia el pronto envío de 1.000 hombres que esperaba en el Callao, i otros 2.000 que desde Panamá llevarian la orden de desembarcar en Arica.

Grande fue el embarazo del general Pezuela para decidir con acierto en medio de tantas contradicciones: si daba cumplimiento á las órdenes del virei, tenia que abandonar el interesante punto de Oruro, ó dejar que el enemigo se reforzase en términos de ser irresistible su impulso. Para cubrir su responsabilidad en tan delicada posicion convocó una junta de guerra, en la que se resolvió por unanimidad que se suspendiese la accion hasta la llegada de los 3.000 hombres ofrecidos, que no se moviese la division de Paria, i que se replegase el ejército á Sorasora seis leguas á vanguardia de Oruro, donde podrian proporcionarse con mas facilidad abundantes víveres i forrages. Si bien el general Pezuela hubo de conformarse con esta resolucion tan contraria á sus deseos, dirigidos á desconcertar al enemigo con la celeridad de sus movimientos, determinó sin embargo avanzar algunos cuerpos para engañarlo con la apariencia de un próximo ataque, en tanto que los demas iban caminando para sus nuevas posiciones.

Este infatigable general empleó el tiempo de su forzada inaccion en ejercicios doctrinales i en maniobras en grande dirigidas por el mismo para amaestrar á sus soldados en el arte de la guerra; pero sus graves cuidados, la continuada agitacion, las pesadas tareas, i la intemperie i furiosas nevadas que cayeron por tres dias consecutivos llegaron á debilitar sus fuerzas i á postrarlo en una cama. Para salvar tan preciosa vida, que de dia en dia amenazaba mayores riesgos, fue trasladado al punto de Sepulturas, distante seis leguas, de Sorasora i dos de Oruro, quedando delegado interinamente el mando á su segundo Ramirez. La fuerza del mal estaba lejos de ceder á todos los ausilios del arte, i ya se trataba de conducirle á la costa, cuyo suave temperamento era el único que podia dar algun alivio á sus dolencias, cuando el 28 del mismo mes de setiembre recibió urgentes escitaciones del citado Ramirez para que á toda costa pasara á ponerse á la cabeza del ejército, porque sin su presencia temia no ser posible resistir al atrevido Rondeau, que se iba aproximando á dar una accion decisiva segun le habian asegurado las espías i las partidas avanzadas, i aun los mismos desertores.

Jamas se ha visto un gefe en tan grave conflicto. Durante el estado de su enfermedad habia debido ocultar los peligrosos síntomas, que esta presentaba por no desalentar al soldado, que creia identificada la fortuna con su persona. Se necesitaba pues hacer un esfuerzo extraordinario para que no se perdiesen en un momento todas las ventajas obtenidas á costa de tantos sacrificios: prefiriendo el bizarro Pezuela el bien público á la conservacion de su vida, i haciéndose superior á todas sus dolencias i angustias, se puso en marcha para el cuartel general contra el dictámen de los facultativos que daban por segura i mui próxima su muerte. Empero

esta heroica decision fue premiada del modo mas inesperado: el ejercicio, el afan i la misma inquietud dieron prontamente á sus males el alivio de que no habia podido disfrutar en el descanso i bajo el riguroso régimen curativo. Apenas llegó á ponerse al frente del ejército, dió las disposiciones necesarias para recibir en Sorasora al enemigo, de cuya aproximacion ya no dudaba: el batallon de partidarios pasó á reunirse con el de cazadores que se hallaba avanzado por el frente de Venta i media, distante cuatro leguas de dicho punto de Sorasora, á donde tambien debia concurrir el segundo escuadron de cazadores.

Un movimiento tan acertado cortó los vuelos al enemigo: ignorando este que aquel punto habia sido reforzado, trató de sorprenderlo con 1000 hombres escogidos de infantería i caballería; pero noticioso de aquel proyecto el general Pezuela por avisos del comandante de la vanguardia don Pedro Antonio Olañeta despachó aceleradamente al escuadron de San Carlos, á las órdenes del coronel don Melchor Sainz, para que se situase entre el cuartel general i dicha vanguardia á la boca de una quebrada en el camino de Chayanta. El mayor general Rodriguez salió con efecto de este último punto el 17 de octubre con la idea de atacar á Olañeta por la espalda; pero extraviado inocentemente por sus guías se encontró al amanecer del dia 20 en las inmediaciones de Venta i media con una avanzada realista de 40 hombres.

No pudo esta partida resistir al brusco ataque de los contrarios; fue completamente arrollada, quedando tendidos en el campo los oficiales Aragon, Carracholi i mucha parte de los soldados, sin que hubieran logrado salvarse sino el subteniente Valdés con algunos de ellos, por los que supo Olañeta aquel contraste.

Las disposiciones tomadas en el acto para defenderse á todo trance fueron tan activas i prontas como la marcha de los orgullosos insurjentes. Aquella columna contaba apenas con 600 hombres; mas era tal su firmeza i arrojo que juró disputar á palmos el terreno. Travóse una accion sangrienta, que se prolongó por el espacio de cuatro horas, i sus resultados fueron la completa derrota de Rodriguez, la muerte de dos comandantes, seis oficiales i 150 soldados, la aprehension de dos de los segundos, i 150 de los últimos con 320 fusiles, 6 cajas de guerra i otros varios pertrechos, sin mas pérdida por parte de los realistas que la de 44 muertos i 34 heridos. Los enemigos fueron perseguidos por dos diferentes caminos; pero á beneficio de sus buenos caballos pudo llegar Rodriguez á Chayanta con 50 hombres á que quedó reducida su brillante columna.

Esta accion importante, que fue premiada con honoríficas distinciones á los gefes y oficiales que mas se habian señalado en ella, tuvo entonces un influjo decisivo: desconcertado el enemigo al ver frustrado un proyecto tan bien combinado que daba las mas sólidas garantías de tener una terminacion feliz, temió que sus ulteriores planes ofensivos cubriesen sus

armas de nueva mengua i desdoro; i en su consecuencia trató de ponerse en la defensiva hasta recibir nuevos refuerzos que diesen mas seguridad a sus operaciones. Mas el gefe realista, que penetró los designios de Rondeau, trató de aprovecharse de tan preciosos momentos, i de sacar partido del desaliento que aquella primera victoria habia introducido en las filas rebeldes.

Desconfiaba ya el general Pezuela de recibir los 3000 hombres que el virei Abascal le habia prometido, i se determinó por lo tanto á dar ejecucion á sus primeros planes que habian sido alterados por la junta de guerra de que se ha hecho mencion. Vió pues que era llegado el momento de obrar por sí solo sin guardar instrucciones de dicho virei ni sujetarse á las que le tenia comunicadas, puesto que las operaciones militares variaban por momentos, i no era fácil que á 500 leguas pudieran preverse, i menos remediarse los infinitos lances que ocurrían en aquel vasto teatro. Aunque la situacion de Pezuela era menos lisonjera que en el agosto anterior, nada sin embargo le arredraba cuando las circunstancias reclamaban el despliegue de sus recursos guerreros. La aridez del pais que ocupaba, i lo rígido de su temperatura, habian acabado con la mayor parte de sus caballos, i carecia asimismo de mulas para los transportes: las nieves i yelos tenían arrecido al soldado por falta de abrigo, i de tiendas de campaña; no habia dinero para pagar los sueldos, ni zapatos para que las tropas pudieran superar los obstáculos del terreno i de la estacion.

En medio de tantos elementos contrarios quiso el general realista hacer la última prueba del sufrimiento i constancia de que era susceptible su ejército; i por mui grandes que fueran sus esperanzas las superó este haciéndose acreedor por su inimitable conducta á los mas distinguidos elogios, i á la indeleble gratitud del gobierno. Habiendo reunido Pezuela todas sus fuerzas esparcidas por aquellos partidos, i especialmente la division de Paria, rompió la marcha en 1º de noviembre dejando en Oruro 432 hombres al mando del coronel don José de Mendizabal, para que apoyado con otros 160 destacados en dos columnas defendiesen aquella plaza importante.

La apertura de esta campaña, en la peor estacion del año, i por terrenos los mas escabrosos, era de funesto agüero para los que quieren dirigirlo todo por la prudencia, i que no reservan nada para la suerte i osadía; pero la sola presencia del general en gefe era el mejor garante de la victoria. Se pronunciaron sin embargo con tanta dureza los elementos contra esta penosa marcha; se aumentó de tal modo el granizo, la ventisca i la nieve, que se puso intransitable la cordillera de Bombo, haciéndose necesaria la retirada, porque aun en la misma falda se hallaba enterrada la yerba que era el único alimento para los caballos y bestias de carga. En el dia 4 entró el ejército en Venta i media despues de haber

sufrido los mayores trabajos por razon de la misma intemperie i por el engrosamiento de los arroyos i torrentes, que llegó á tal grado de obligar al regimiento número 1.º, que formaba la retaguardia, á quedarse á la parte opuesta del último de estos, que se habia hecho invadeable. Aquel acertado paso retrogrado salvó el ejército real de los quebrantos consiguiendo á la obstinacion del mal tiempo que duró por algunos dias.

Habiendo sabido el general Pezuela por varios prisioneros fugados i por otros desertores i pasados el movimiento que Rondeau habia hecho el dia 6 por el camino de Cochabamba, dejando al caudillo Camargo en Chayanta para ocultar su maniobra, combinó otros planes á fin de desconcertar los de sus contrarios. Mitigado ya el temporal, i yendo en descenso las corrientes, luego que hubieron llegado de Oruro algunos auxilios i víveres, i que se hubo reunido en Venta i media el primer regimiento i el parque, hizo salir la vanguardia por el camino de Chayanta hasta Tangalara para que creyéndose los insurgentes perseguidos por todo el ejército del Rei, se introdujese en ellos la confusion i el desorden, i como su consecuencia inmediata el abandono de pertrechos i enfermos, como se verificó en gran parte. Saliendo al mismo tiempo Pezuela á dar la vuelta por Sorasora, Sepulturas, Paria, Huailas i Challa, se reunió con dicha vanguardia engañando al enemigo con tal movimiento; i llegando á Tacapari, distante once leguas de la fuerte posicion de Sipesipe, que habia tomado para esperarle, se dirigió por un sendero de su izquierda á Calliri, habiendo dado á la tropa fatigada un dia de descanso para preparar sus armas enmohecidas con el agua, i para recoger algun ganado que le sirviera de alimento.

Era el dia 25 de noviembre cuando el ejército realista llegó á las alturas de Chacaltaya, distante dos leguas de la pampa de Sipesipe, que era donde habia formado sus fuerzas el caudillo insurgente. Salió Pezuela al dia siguiente á reconocer el camino mas practicable para su descenso al valle, i no halló mas que senderos mui pendientes por los que apenas cabia un hombre de frente. Deseoso de evitar los riesgos que se ofrecian á su marcha si la emprendia por el camino habilitado de Sipesipe, en donde habian formado los rebeldes su principal defensa, i no menos solícito por salvar el segundo camino conocido que entraba por la derecha de dicha sierra, en cuyos rodeos i gargantas se hallaban emboscados muchos grupos de insurgentes con la idea de ostruir aquel paso, se dirigió á la cuesta de Viluma, situada á una legua de distancia por la izquierda, por la que, si bien era considerada hasta entonces como intran-sitable, parecia sin embargo que podia rodar la artillería sin gran quebranto.

Conociendo la ventaja de abrir aquel camino, en el que solo esperaba hallar los tropiezos del terreno i de ningun modo los del ejército contrario, cuya atencion estaba totalmente empeñada en defender los pun-

tos accesibles, se determinó á tomar esta direccion. En su virtud fue destacado don Pedro Antonio Olañeta con dos batallones i un escuadron á la loma de la derecha, á fin de que empeñándose con los cuerpos emboscados en sus sinuosidades los conservase en su creencia de que tales esfuerzos tenian por objeto hacer espedita la bajada por aquella parte. En tanto que Olañeta entretenia á los rebeldes en continuos ataques, hacia el general en gefe los reconocimientos necesarios para habilitar su nuevo camino á fuerza de zapa: todos los equipajes, parque i provisiones, fueron colocados en el escabroso pináculo defendido por un regular destacamento de emigrados i sirvientes armados, i así pudo el ejército llevar adelante sus operaciones con mas libertad.

Continuaron el dia 27 los parciales combates de Olañeta sobre las mismas posiciones mientras que el teniente coronel don Francisco Ostria ocupaba las alturas de Viluma con 200 hombres, i que el general en gefe se situaba con su estado mayor en las inmediaciones para mantener la ilusion del enemigo en tanto que desfilaban ocultamente las fuerzas principales por la citada loma de la izquierda. Confirmóse el error de dichos rebeldes al descubrir en el ataque dirigido contra Ostria la cabeza de las divisiones realistas que empezaban á asomar por su flanco derecho. Empleado todo aquel dia en maniobras i movimientos hasta el siguiente, fue preciso suspender la ejecucion de la grandiosa empresa de descender al valle por el camino proyectado. Dos horas antes de amanecer el dia 28 principiaron las tropas del Rei sus operaciones, i superada toda clase de obstáculos i tropiezos quedó ejecutada felizmente la primera parte de su plan tomando posicion en la falda de dicha sierra á la vista del campo enemigo que les habia disputado con el mayor empeño la bajada, dirigiéndose contra ellas apenas las habia visto descolgarse por aquellos derrumbaderos.

Bien habria podido dicho general empeñar la batalla el mismo dia; i ésta fue la opinion de una junta de gefes que convocó al intento; pero deseoso de dar algun descanso á sus estenuadas tropas, que escasas de alimento, habian debido sufrir indecibles trabajos en hacer penetrables aquellas escabrosidades i malezas; i menos esperanzado de que fuese considerable en aquella noche la desercion de los rebeldes, cuyo desaliento debia haber crecido en proporcion de la impavidez i confianza con que el ejército de Pezuela se preparaba para el combate, determinó esperar al siguiente para encadenar con mas seguridad á su carro la victoria. Empleó sin embargo lo restante de aquel dia en varios reconocimientos dirigidos en persona con la mayor esposicion, i por algunos cuerpos de infantería i caballería al mando de los coroneles Benavente i Olarría.

Antes de amanecer el dia 29 estaban ya formadas las tropas en columna describiendo una línea oblicua por la izquierda para desplegar en

batalla frente á la principal posicion que ocupaba el enemigo. Fue éste el primero que rompió un vivo fuego capaz de desalentar á cualquiera otra clase de soldados que no hubieran respirado tanto ardimiento i decision: la mala calidad del camino que entorpecia el paso de la artillería, i las muchas zanjas i acéquias que habia que saltar, eran nuevos obstáculos que se ofrecian al general Pezuela; pero sus acertadas disposiciones fueron ejecutadas con tanta puntualidad i empeño, que en breves momentos fueron forzados á pecho descubierto aquellos atrincheramientos en los que se abrigaba la maldad i la perfidia. Desconcertados los rebeldes con tan brusco é irresistible ataque, abandonaron sus ventajosas posiciones, i perdiendo un obús i un cañon que habian adelantado para impedir el paso del zanjon principal, pudo ya el ejército del Rei desplegarse mas libremente. Se sostenia todavía el enemigo en el primer morro ó altura, desde donde causaba los mayores quebrantos; mas el bizarro batallon de voluntarios de Castro despreciando las balas de cañon i fusil que vomitaban la muerte por todas partes, se apoderó de él á viva fuerza.

Ya no quedaba en poder de los facciosos sino el segundo morro, en el que formada su tercera línea, trataron de disputar la victoria; pero hubieron tambien de ceder al denodado esfuerzo de las tropas de Pezuela, cuyo valor se aumentaba en proporcion de la resistencia. Desalojados los rebeldes de este último punto, era de esperar que solo pensasen en salvar sus reliquias con una pronta fuga; mas era tal su obstinacion i ceguedad, que volvieron á formarse de nuevo en los campos de Sipesipe. Aqui es donde los esperaban los animosos realistas para hacer un despliegue general de sus fuerzas para completar el triunfo de aquella jornada: nada hubo que pudiese resistir á sus impetuosos ataques; mui pronto acabó de perder el enemigo el último aliento que le daba su desesperada situacion: arrollado por todas partes se entregó á la mas desordenada fuga; la caballería acabó de fijar su destruccion, i el escuadron de la guardia de honor á las órdenes del teniente coronel don Francisco Javier Olarria se cubrió de gloria: despues de haber salvado dos escuadrones de cazadores mandados por Marquiegui, que se hallaron envueltos impensadamente por la caballería enemiga, se dirigió en su persecucion por el espacio de tres leguas acuchillando á los prófugos, i dejando tendidos en aquel tránsito un número considerable de negros que habian jurado el dia antes no dar cuartel al cuerpo que mandaba aquel digno gefe.

Los timbres de esta insigne victoria alcanzaron á todos los gefes, oficiales i soldados; hasta el vicario castrense don Mariano de la Torre i Vega, obispo electo en la actualidad, adquirió un mérito extraordinario combinando los ausilios de la religion con los esfuerzos de su brazo: sin descuidar el principal objeto de su ministerio prestó importantes servicios al general realista, á cuyo lado se hallaba siempre que no lo exigía la necesidad de consolar á los moribundos soldados. Viendo en uno de los mo-

vimientos de las columnas realistas la dificultad i falta de tiempo para desbarrancar un cañón, que iba por lo tanto á ser abandonado, lo enlazó á la cincha de su fogoso caballo i lo sacó del atolladero.

Todos pues tuvieron ocasion de distinguirse: la nota de valiente es debida á todos los campeones de tan brillante jornada. Mil doscientos facciosos muertos, 600 heridos, 800 prisioneros, toda la artillería enemiga, municiones, víveres, equipages i cuanto existia en su campo fueron los laureles con que ciñeron sus sienes las tropas realistas; laureles tanto mas ilustres cuanto que fueron alcanzados con la sola pérdida de 37 muertos i 198 heridos. A fin de perpetuar la memoria de tan brillantes hechos se creó un escudo de honor para todos los que habian tenido parte en ellos; i se confirieron grados i condecoraciones á los gefes i oficiales que mas habian sobresalido.

La vocinglera fama preconizó rápidamente por todas partes la sólida gloria obtenida por las tropas del Rei en los campos de Viluma i Sipisipe. Este terrible golpe cortó la cabeza á la revolucion é introdujo tal terror i desaliento en los rebeldes buenos-airesños que ya no pudieron presentar nuevas expediciones contra el Alto Perú: todas estas provincias se convencieron de la imposibilidad de fijar á su favor la fortuna que se habia declarado inseparable compañera de los que peleaban por la religion, por el Rei i por la justicia. Ya desde entonces fueron mui débiles las tentativas de los descontentos, i pudo el gobierno entregarse libremente á restablecer el orden en todos los ramos de la administracion, que habian sido enteramente desquiciados. El altanero Rondeau, que se habia propuesto no tomar el mando del gobierno supremo de Buenos-Aires, para el que habia sido electo, sin acabar antes con el ejército de Pezuela, hubo de fugarse precipitadamente sin saber en donde ocultar su vergüenza i deshonor.

El dia 30 que fue el siguiente de la batalla salió el comandante de la vanguardia don Pedro Antonio de Olañeta con dos batallones, un escuadron, i dos piezas de artillería por el camino de Potosí, cogiendo en su tránsito algunos fugitivos, recibiendo la sumision de otros, i sorprendiendo en el pueblo de Pitantora, á tres caudillos compañeros de Padilla, Fernando i Andres Salazar, i José Burgos. Habiendo entrado en dicha villa en la mañana del 16 de diciembre, halló á sus habitantes divididos entre el temor i la esperanza; los unos por el remordimiento de sus pasados estravíos, i guiados los otros por sus ardientes deseos de que finalizasen de una vez unos males tan terribles, que desde tantos años se habian ido acumulando contra aquellas desgraciadas regiones.

En el dia 1º del citado mes de diciembre salió el segundo en el mando teniente general don Juan Ramirez para Cochabamba con un regimiento, un escuadron i una brigada de artillería, cuya ciudad halló en el mas profundo silencio, que denotaba el terror de que estaban poseidos los ánimos de aquellos habitantes por creer que los realistas se entregarian

al saqueo i á la perpetracion de otras tropelías; pero su generoso i noble comportamiento fue el mayor castigo que pudiera imponerse á aquella ingrata ciudad, que careciendo de la elevacion de sentimientos que caracteriza á las almas grandes, no creia que en el gefe español cupiese tanto heroismo en la victoria. El dia 4 salió tambien de Sipesipe el general en gefe para Cochabamba con la idea de recorrer todas las provincias, i afianzar en ellas los beneficios de la restauracion. Fue infatigable el celo que desplegó en esta ocasion; atendia con paternal solicitud á todos los ramos que podian dar vigor i pujanza al gobierno del Rei i prosperidad á los pueblos. Su fina prevision, sus acertadas providencias, la oportuna correccion de abusos i sus bien concertados movimientos para completar el estermio de los disidentes hicieron brillar sus talentos políticos acreditando que estos no eran inferiores á los militares.

Varios ministros del santuario, que alucinados por las falsas doctrinas habian comunicado á sus feligreses tan pestífero influjo, fueron castigados sino con el rigor que merecian tamaños ultrajes, á lo menos de un modo que dejase permanente recuerdo de su prevaricacion. Fue asimismo refrenada la desenvoltura de una parte del bello sexo que habia perdido todos sus encantos con suscribir á las ideas de desmoralizacion i desorden. Las mayores penas impuestas sobre los que con mayor vigor se habian pronunciado contra la causa del Rei se redujeron á multas pecuniarias i á la exaccion de contribuciones, tan necesarias para subvenir á las necesidades de un ejército, que habiéndolas sufrido de todas clases durante la campaña, era mui justo que las viese terminadas despues de la victoria.

En medio de las graves atenciones que rodearon al general Pezuela fue la primera su religiosa gratitud al patrocinio celestial que espresó del modo mas luminoso en una solemne funcion que se celebró el dia 5 en el convento de carmelitas de la referida ciudad de Cochabamba, bajo los auspicios de cuya inmaculada Virgen habian sido dadas tan brillantes batallas.

Entrar en prólijos detalles sobre las varias operaciones emprendidas por el señor Pezuela para cojer los ópimos frutos de su victoria, sería alargar demasiado la relacion de sucesos, que si bien son en sí de alguna importancia, no pueden compararse con los ya descritos, ni su minuciosa enumeracion añadiría mayor lustre á su carrera: nos limitaremos por lo tanto á manifestar el estado de los negocios á fines de 1815. Habian quedado en Cochabamba 510 hombres, cuya guarnicion ausiliada por siete subdelegados de los partidos, á cada uno de los cuales se habian entregado 50 fusiles para crear compañías de vigilancia, podia conservar de un modo sólido i permanente el orden i la tranquilidad. La Paz se hallaba guarnecida asimismo con otros 500 fusileros que eran mui suficientes para desembarazarse del clérigo Muñecas, único caudillo que habia quedado vagando por aquellas montañas, i para evitar un nuevo alzamiento. El te-

niente coronel Maruri con 200 hombres de guarnicion en Oruro i 70 en el partido de Carangas tenia bien defendido aquel distrito. El coronel Velasco, gobernador del partido de Chayanta, tenia fuerzas sobradas para reprimir el espíritu bullicioso de sus habitantes. El conde de Casa Real de moneda tenia asegurada la defensa de Chuquisaca con un batallon llamado del Centro; i 300 hombres estacionados en la villa de Potosí daban sólidas garantías de su tranquilo dominio.

Se estaban organizando al mismo tiempo en todas las provincias i partidos compañías sueltas de los individuos que hubiesen dado pruebas mas relevantes de su adhesion al Soberano español. Los departamentos de Santa Cruz en donde se habian refugiado algunos restos de las espirantes guerrillas, habian sido puestos bajo la inspeccion inmediata del comandante del batallon de Fernando VII don Francisco Javier de Aguilera, cuyo acreditado valor i conocimientos prácticos de un pais que lo era de su nacimiento, daban alguna seguridad de nuevos triunfos, si los caudillos Barnes, Arenales ú otros trataban de resucitar sus esterminadores proyectos. Con las ventajas que podia proporcionarles un terreno tan vasto i escabroso se habian reunido éstos sin embargo en número demasiado considerable para que dicho Aguilera pudiese proceder contra ellos sin reforzar su columna con reclutas del pais ó con ausilios de las guarniciones inmediatas. Esta fue la causa de que hasta el año siguiente no pudiese adquirir unos laureles, cuya demora era el mas terrible contraste para su acendrada lealtad i decidido patriotismo.

La gloria adquirida por el general Pezuela en esta brillante campaña está trazada con caracteres indelebles. Los mismos insurgentes se vieron precisados á confesarla en sus papeles públicos i en sus manifiestos sucesivos: el humillado Rondeau, celoso ya de la fama que iba adquiriendo el caudillo San Martin, trató de rebajarla sosteniendo que no podria pretender un verdadero derecho á ella sin que antes midiera su brazo con el mismo que acababa de eclipsar sus anteriores hazañas. Enterado el Soberano español de la importancia de la referida batalla de Viluma, i deseoso de que la península i la Europa entera admirasen el heroismo desplegado por sus valientes tropas, dió la mayor publicidad á tan ilustres hechos, i mandó con fecha de 2 de abril del año siguiente que se cantase por ellos un solemne *Te-Deum* en todas las iglesias de la Monarquía; honor que por lo difícil de su concesion fue el título mas esclarecido de nobleza del digno gefe que con tanto acierto habia dirigido sus operaciones (1).

No deberá pues admirarnos el ver premiada mui pronto la bizzaría é inteligencia de aquel general con el vireinato del Perú, cuya salvacion se habia debido esclusivamente á sus esfuerzos.

(1) Con el nombre de esta batalla ha sido creado por S. M. en el año presente un título de Castilla á favor del espresado general don Joaquin de la Pezuela i de sus sucesores.